

Romanos 10:8-13

Romanos 10:8-13 Cuaresma 1, 2001

⁸Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: ⁹que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.

¹⁰Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. ¹¹Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado. ¹²Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; ¹³porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.

A veces se oyen a personas que expresan pensamientos tales como, Dios parece estar tan lejos, como si no nos importara. Cuando llegan las dificultades en la vida, cuando uno está abrumado por el sufrimiento o alguna otra desgracia, ésta es una reacción frecuente, una que puede afectar también a cristianos.

Pero también hay otro pensamiento que es frecuente. Cuando la conciencia se activa en una persona y es consciente de cuán pecaminoso es, está muy consciente de que Dios existe y que está cerca, pero este pensamiento no le trae ningún consuelo, sino más bien terror. Sabe que lo que merece de Dios es el castigo y la condenación.

Nuestro texto de esta mañana tiene un mensaje para todas esas personas de las dos clases. Nos asegura que Dios está cerca, y que está cerca para salvar. Meditemos en el tema esta mañana: Mi Señor está cerca para salvar. Que esto sea I. La fe de mi corazón. II La confesión de mi boca.

Mi Señor está cerca para salvar. Esto no es lo que declara el mensaje de la ley de Dios. Dos versículos antes de nuestro texto, nos dice: “Porque de la justicia que es por la ley Moisés escribe así: El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas”. La ley de Dios nos confronta con sus exigencias y amenazas. Insiste que hagamos perfectamente según su voluntad, que amemos a él con un amor perfecto, de modo que no pongamos nuestro corazón en ninguna otra cosa sino en él solamente. También exige que tengamos un amor perfecto para con nuestro prójimo, que hagamos a ellos lo que quisiéramos que ellos hagan a nosotros. Pero ¿quién ha hablado siempre y pensado siempre de los demás como quisiéramos que hablaran o pensarán de nosotros? ¿Quién ha sido siempre tan cuidadoso de la propiedad y posesiones de los demás como de sus propias posesiones? ¿Qué adulto no

recordará que él no se portó siempre con sus padres como ahora quisiera que sus hijos lo hicieran con él?

Podríamos seguir, pero debe ser evidente la conclusión. No hemos hecho lo que Dios nos prescribe en su ley. Sin embargo, ¿qué dice la ley? Otra vez: “Porque de la justicia que es por la ley Moisés escribe así: El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas”. Pero el que no ha hecho estas cosas, morirá. “El alma que pecare, esa morirá”. De ahí que la conciencia despertada sólo puede sentir la cercanía de Dios como una amenaza, un peligro, algo de que quisieran más bien escapar, pero no hay escape. Los hombres tratan de hacerlo, negando la voz de su conciencia, o negando que exista Dios o un juicio, pero la conciencia no puede ser totalmente silenciada, y así toda la vida se pasa con el temor de enfrentarse con el Dios airado y su condenación. Hebreos describe esta condición de todos los hombres en su estado natural como “los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”.

Sin embargo, para todos los que hemos reconocido nuestro pecado y la condenación que merecemos, Dios tiene otro mensaje, consolador, para animarnos y revelarnos que a pesar de que no hemos merecido otra cosa sino la eterna condenación, Dios desea para nosotros el bien, y no el mal. Nos llama al arrepentimiento, y nos asegura: “Pero la justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos”. La justicia de fe nos dice que Cristo está muy cerca. No está lejos, para que tengamos que subir al cielo para encontrarlo, ni tampoco para que tengamos que descender al sepulcro para traerlo otra vez de entre los muertos. Es muy cierto que Cristo murió. Lo hizo en nuestro lugar en la cruz del Calvario, llevando allí todos nuestros pecados y el castigo por ellos. Allí él acabó con nuestro castigo y la amenaza de la ley para nosotros, de modo que no tengamos que temer ni siquiera la muerte ahora.

Y es cierto que Cristo ascendió al cielo. Pero allí está sentado a la diestra de Dios para gobernar todas las cosas en interés de sus creyentes. Su ascensión no lo lleva lejos de nosotros, sino como dijo antes de ascender, “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

Pero tal vez preguntemos cómo está cerca a nosotros cuando no lo vemos y muchas veces no sentimos su presencia. Nuestro texto responde: “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón”. Dios está tan cerca a nosotros como la palabra de Cristo. Cuando oímos esta palabra, “la palabra de fe que

predicamos”, ella mismo entra en nuestro corazón y mora allí para consolarnos en la seguridad del perdón de los pecados que Cristo ganó con su muerte en la cruz. Y cuando esto sucede, Cristo mismo, su Padre y el Espíritu Santo todos también establecen su morada en nuestro corazón. “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre:... y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros... El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”.

Esta palabra de fe de que habla nuestro texto, el evangelio de la salvación por medio de Jesucristo y su muerte en nuestro lugar en la cruz, la palabra que proclama que todo el que cree en Cristo es salvo del pecado y la muerte eterna, entonces, no es nada despreciable o sin importancia. Es el medio por el cual el Espíritu Santo, y con él Cristo y su Padre, llegan a nosotros para acompañarnos y hasta morar dentro de nosotros. Cuando esta palabra mora en nuestro corazón por medio de la fe, Dios mismo mora allí con toda su ayuda, todo su perdón, todo su apoyo. No hay que ir a buscarlo lejos. En la palabra está allí.

Así se explica esta palabra de fe en el versículo siguiente: “que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”. Allí habla de la fe que resulta de la palabra en el corazón, la fe de que “Dios le levantó [a Cristo] de los muertos”. Esta resurrección de Cristo es la corona y el sello de todo lo que enseñó e hizo para nosotros. Esto ha sido el mensaje de todos los apóstoles. Pedro en el día de Pentecostés declaró: “Dios le había jurado [a David] que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís... Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”. Y Pablo escribe que Cristo “fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos”. La resurrección de Cristo de los muertos es la garantía divina de que Cristo es lo que declaró que era, el Cordero de Dios que llevaría y quitaría los pecados del mundo mediante su muerte en la cruz.

Y ahora con su palabra predicada llega para habitar en nuestros mismos corazones con toda su gracia y amor para salvarnos. Esto es lo que declara Pablo aquí. “Serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia”. El que cree en el Cristo proclamado en la palabra de la fe, el evangelio, como el que ha

obtenido el perdón de los pecados para un mundo perdido en el pecado, es justo delante de Dios. Dios lo declara justo, es decir, sin pecado, sin culpa, sin castigo. La fe en el corazón apropia y recibe todo lo que Dios nos declara en su palabra de fe. Cuando esa fe está en el corazón, nuestro final será la eterna salvación, la eterna y bienaventurada presencia y visión de aquel que ahora habita en nuestro corazón por medio de la fe.

Pero nuestro texto habla de más que sólo el corazón. También habla de la confesión de la boca, y dice que “con la boca se confiesa para salvación”. ¿Cómo se debe entender esto?

En verdad la salvación es solamente por medio de la fe. Esto lo declara ya la palabra del Antiguo Testamento que Pablo cita para indicar que no hay diferencia entre judío y gentil, que hay un solo camino a la salvación para todos, la fe en el Señor Jesucristo. “Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado”. Pero Pablo no quiere que nos engañemos acerca de la naturaleza de la verdadera fe. No es algo sólo intelectual, algo muerto e improductivo. Muy al contrario, es viva y activa, y siempre expresándose en toda clase de buenas obras. Y la obra particular que Pablo menciona aquí como el fruto inevitable de la fe es la que el pasaje de Deuteronomio a que hizo alusión en el primer versículo de nuestro texto sugiere. “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón”. La particular expresión de la fe que llega a estar en la boca es la confesión, reconocer y proclamar que Cristo es en verdad nuestro Señor y Salvador. Así el que cree en su corazón en Jesús, el Redentor al que Dios levantó de los muertos, confesará también delante de los hombres que Jesús es el Señor. “Creemos, por lo cual hablamos”, como dice Pablo en otra parte. “Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”.

Cuando Pablo habla de confesar con la boca que Jesús es el Señor, expresa la misma cosa en pocas palabras que todos nosotros confesamos en la explicación del Segundo Artículo del Credo en nuestro Catecismo: “Creo que Jesucristo ... es mi Señor, que me ha redimido a mí, hombre perdido y condenado, y me ha rescatado y librado de todos mis pecados, de la muerte y del poder del diablo; mas no con oro ni plata, sino con su santa y preciosa sangre y con su inocente Pasión y muerte; todo lo cual hizo para que yo sea suyo y viva bajo él en su reino, y le sirva en justicia, inocencia y bienaventuranza eternas”. Es declarar abiertamente nuestra fe en todo lo que recordamos en esta solemne y santa estación de la Cuaresma, y especialmente en la Semana Santa, nuestra fe en toda la obra redentora de Cristo como algo que él hizo especialmente para nosotros personalmente, para llegar a ser verdaderamente nuestro Señor.

Esta fe del corazón también se manifestará en la boca cuando invocamos a nuestro Señor en toda necesidad. “El mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”. La fe se expresará en la oración, en la expectativa que el que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros a la terrible muerte en la cruz, también nos dará juntamente con él toda cosa buena. Ni lo mayor y más grande, la eterna salvación nos será negada.

Pero hay un beneficio más en esta confesión con la boca de la fe del corazón ante los hombres. De este modo otros que están condenados a una existencia de temor por sus pecados también tienen la oportunidad de creer y llegar a compartir todas las bendiciones de la salvación con nosotros. Como Pablo dice en seguida de nuestro texto: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ... Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”.

Amigos, si hemos corrido de Dios y tratado de negar su juicio y nuestra responsabilidad ante él como nuestro juez, tal vez hasta su existencia, sepamos no sólo que hay un Dios, un Dios justamente airado por nuestros pecados, sino que él sólo ha deseado nuestra salvación, y en Cristo ha hecho todo para lograr este bendito propósito. No es algo inalcanzable; más bien la salvación está aquí mismo, en la palabra de fe que se predica en la iglesia, la palabra de la redención en Cristo Jesús. Y si ya hemos sido creyentes, pero nos hemos desesperado de la presencia de Dios en algún momento difícil en nuestra vida, no pensemos que esté lejos, y que tendremos que hacer algo grande para encontrarlo otra vez. Busquémoslo donde puede ser hallado, en la palabra que nos trae al Espíritu Santo, a Cristo y a su Padre, de modo que por la fe siempre morará en nuestro corazón, la misma palabra que nos lo trajo en primer lugar.

Y demos evidencia de esta fe viva en nuestro corazón, confesando sin temor a Jesús como nuestro Señor y Redentor. Así nosotros mismos seremos salvos por nuestra fe, y por la confesión de nuestra boca hasta muchos más tendrán oportunidad de tener a Dios en su corazón y boca. Dios lo conceda, Amén.